



Seix Barral

Enrique Vila-Matas

Canon de cámara oscura





Seix Barral Biblioteca Breve

Enrique Vila-Matas

Canon de cámara oscura

© Enrique Vila-Matas, 2025
por mediación de MB Agencia Literaria
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2025
ISBN: 978-84-322-4479-7
Depósito legal: B. 5.643-2025
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir los contenidos publicados en esta obra. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los titulares de derechos. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1

Es medianoche y Violet, en un ángulo del patio donde se celebra la fiesta, pregunta si me acuerdo de los Denver-7. Claro, personas artificiales, indistinguibles de nosotros. Androides, precisa muy puntillosa, como si en ello le fuera la vida. Y me habla de los sobrevivientes, de los androides del sector Denver-7 que todavía circulan por Barcelona, todos con recuerdos implantados y capacidad para reproducirse. Muchos de ellos, dice, han tenido descendencia. Sé de qué me habla. De entrada, porque se habló mucho de los Denver-7 en una época no tan lejana. Luego, menos. Algunos tienen un punto agresivo, una genética pendenciera.

Fueron programados para vivir cuatro años y un grave fallo en su energía eléctrica —el «Gran Apagón» de Barcelona— les dio vida abierta, de duración

indefinida, pero últimamente ya no se habla de ellos, son discretos, jamás han buscado distinguirse de las personas corrientes. Violet disiente. Bueno, dice, no han buscado llamar la atención, pero más de uno es muy impulsivo, a cierta edad quieren vengarse de quienes los compraron para convertirlos en sus sirvientes.

No sabía, digo. Con el tiempo, dice, se las han arreglado para llevar una vida corriente, aunque algunos andan desorientados. Pregunto por qué desorientados. Por el enredo continuo, dice, que tejen en ellos los recuerdos implantados.

Me asombra que sepa tanto de los Denver-7, pero aún más que, tras tantos años de no vernos, Violet me esté ahora hablando únicamente de ellos. Trato de cerrar la charla, de acusada tendencia robótica. Bueno, digo, se trata de un fenómeno bien exclusivo de Barcelona. Violet percibe que quiero cambiar de tema, y se resiste. En todo caso, dice, el problema lo veo en que algunos Denver-7, al vivir más allá de lo que tenían programado, han ido accediendo a una conciencia empática superior.

Vaya. No conocía ese enfático concepto de «conciencia empática superior». Al aumentarles el tiempo que tenían de vida, dice, algunos han ido adaptándose tanto a su nueva programación que se han huma-

nizado demasiado y, como te digo, están notando la llamada a la sublevación, y a algunos ha habido incluso que aplacarlos. Le pregunto qué entiende por aplacarlos. Que ha habido que discretamente *retirar* a algunos, dice, con ojos muy malignos, la verdad. Y qué entiende por *retirar*. Violet, impasible, dice que para evitar la alarma social, no hace mucho han *abatido* —utiliza ese pringoso eufemismo— a algunos exaltados haciendo pasar sus muertes como venganzas entre traficantes de droga.

No sabía nada de esto y la felicito por saber tanto sobre los sobrevivientes de los Denver-7, de Barcelona. Pues aún no sabes nada, dice. Y da un sorbo nada tímido al aparatoso cóctel que está tomando. Quizás sea el alcohol, pienso, el que está creando en Violet esa obsesión con los Denver-7, un tema que, por mi parte, preferiría dejar de lado.

2

Cometo un error y, simplemente por bromear, le pregunto si acaso ella no tiene recuerdos implantados. ¡Dios santo la que se arma! ¿Cómo iba a esperar esa reacción por su parte? Me lanza una mirada de ojos desorbitados y comprendo de inmediato que ha sido como si le hubiera dicho que ella es una Den-

ver-7. Pero tal vez es lo contrario: como si le escandalizara que no la reconocza como tal, como Denver.

No sé qué hacer, me veo atrapado, en todos los sentidos. A Violet llevaba años sin verla, y lo que ahora registro es que tiene poco de aquella «novia eterna» de Altobelli, de aquella joven casi siempre callada y obediente, la muchacha discretísima que acompañaba a todos lados al malogrado Antonio Altobelli, mi admirado amigo y a la vez mi maestro de escritura, y uno de los pocos narradores valientes que ha tenido Barcelona.

No puedo dejar de recordar lo osado que era yo cuando me movía en el círculo de Altobelli, tal vez creía que me protegía él. Por ahí también se movía Violet, que debe de recordar que en aquellos días se decía de mí que era autista. No lo era, pero es cierto que en mis primeros años de ayudante de Altobelli, podía parecerlo. Andaba descomunicado del mundo de la gente corriente y tenía una marcada tendencia a decir en todo momento, sin filtro alguno, lo que pensaba. Era un alma libre, pero no un autista. Pasar por un autista me facilitaba las cosas, porque me permitía decir todo lo que pasaba por mi cabeza.

Me ocurría lo que hará unos meses vi reflejado en la atípica serie *Dinosaur*, escrita por una autista con un talento magnífico para darle la vuelta a todo y hacernos ver lo exageradamente ficticia que es la vida de

cualquier neurotípico, esto es, de cualquier persona de las que se considera *normal*. Porque todos fingen todo el rato y lo que sucede es que jamás pueden ser ellos mismos, y a su manera, están tremendamente encerrados en algo que no existe y que tiene todo el aspecto de, en el fondo, no tener sentido alguno. Hablo del mundo, claro.

3

De Altobelli fui su secretario y sirviente, más tarde buen amigo, y después su heredero en la Tierra. Tuve una relación muy móvil con él: humilde y luego engreído secretario, compañero de borracheras, discípulo y, a su muerte, heredero de una potente biblioteca.

Pienso que Altobelli (también conocido como *el fracasista*) fue el escritor con más talento (o coraje, da igual) de su generación, la de los nietos de aquellos «héroes forjados en tantas batallas, hoy llorando por los rincones de las tabernas», de los que hablara Juan Marsé en *Un día volveré*.

Su capacidad para enfrentarse a todos los peligros no le sirvió para impedir caer derrotado por sí mismo. Pero, por lo demás, *el fracasista* prodigó los gestos de valentía, como cuando dijo a todo el mundo

haberse decantado por una literatura que fuera desvergonzada, irresponsable, y sobre todo divertida, a lo Laurence Sterne (que era como decir Cervantes), pues si algo no soportaba era el narcisismo de los que creían contribuir a mejorar la sociedad con sus obras.

Supo divertirse, incluso a la hora de emprender su repentina y peligrosa «mala vida», que le fue llevando a un irremediable punto final. Pero no por eso, por tener que atravesar todo tipo de duros parajes vitales, se olvidó de seguir pasándolo bien, como tampoco de seguir aconsejándome lo que tenía que leer, empezando (humor no le faltaba) por *El Golem*, de Gustav Meyrink. Cuando se cercioró de que lo había leído, hizo de guía para dejarme un alto legado en forma de lecturas imprescindibles.

A cada libro que me recomendaba, le seguía una carcajada infinitamente seria. Algún día lo comprenderás, me comentó en más de una ocasión.

Recuerdo la tarde de hará ya diez años en la que, tras elogiar que congeniara tan fielmente con su visión del arte como «forma más alta de lo sagrado», me anunció que intuía que, por haber apostado él tan fuerte por destruirse, se estaba acercando irremediablemente a su último abismo.

Tardó tanto en decirme aquello tan grave que pensé que añadiría una carcajada para tranquilizarme. Pero ésta no sólo no apareció, sino que hizo una

pausa tensa que nunca olvidaré, porque precedió a unas palabras que me sorprendieron aún más: al ritmo que iba hacia el final de su vida, dijo, no tardaría en heredar los libros de su biblioteca.

Que fueran a parar a mí, dijo, le ayudaría a irse más tranquilo al otro mundo. Dijo eso, y entonces sí: estalló en una risa, pero tan glacial que me produjo pánico. Fue como si con la biblioteca hubiera querido dejarme el legado de una risa mortal.

Esa tarde tan absolutamente memorable tuvo de todo. Lo digo porque me dejó un recuerdo extraño: tras confirmarme que iba a legarme su biblioteca, comenzó a decirme que, a diferencia de los que, sabiendo que él era inimitable, le imitaban y hacían el ridículo, a mí me veía como el único capaz de extender su obra, escribir a partir de lo que había escrito él y que la imitación no se notara porque, me gustara o no, yo era más raro que él. Y en el caso de que se notara, dijo, no importaba, porque siempre uno acababa por descubrir que lo que quería escribir era *indecible*.

En ese mismo instante comprendí mejor por qué le llamaban *el fracasista*. Porque su lucidez le hacía ver que estaba fracasando y aun así seguía escribiendo. Y porque esa misma lucidez le hacía ver la imposibilidad de expresarse con el código limitado de la lengua. Y también porque conocía la universalidad de ese

fracaso que atañe (en los últimos cien años más que nunca) a todos los escritores con talento que ha habido y habrá, de modo que en el fondo a nadie que sea inteligente se le escapa que lo que quisiera escribir siempre va a resultarle *indecible*. Aunque no por constatarlo hay que dejar de escribir, no por eso hay que renunciar a las cosas del mundo, más bien lo que hay que hacer es lo que recomendaba Julio Cortázar en *Rayuela*: «pero lo que yo quisiera decir es justamente indecible. Hay que dar vueltas alrededor, como un perro buscándose la cola [...] simplemente hago todo lo que puedo para que las cosas me renuncien a mí».

4

En aquella tarde para mí memorable, en la que todo mi ser crujió, hubo un momento en el que pensé en decirle a mi antiguo jefe que no tenía por qué ver tan próximo el abismo. Pero él, como si hubiera intuido que iba a decirle algo de ese estilo tan blando y bondadoso, se adelantó para anunciarme que tenía una «idea sombría», pero altamente interesante para el futuro de su biblioteca cuando ésta fuera mía.

No tardé en saber que la idea sombría consistía en que aligerara lo máximo posible la biblioteca que re-

cibiría y seleccionara de ella mis libros predilectos —un número indeterminado de libros de cabecera— y los colocara en un cuarto mal iluminado de mi casa, y allí pasara a estudiar la posibilidad de que, algún día, cuando como lector estuviera más curtido, algunos de ellos llegaran a constituir un muy subjetivo *Canon intempestivo*.

—¿Me explico?

—¿Un Canon?

—Sí, pero intempestivo, ligeramente inactual. Porque yo creo que en pocos años, si lees todos los días, estará muy pronto a tu alcance hacer un Canon equivocado, como el que hacen todos, pero más esquinado que el que hacen todos.

—¿Y por qué mal iluminado?

—Precisamente por eso, porque el tuyo tampoco tendrá muchas luces.

Altobelli rio más que nunca. Parecía que nada le hiciera tanta gracia como la oscuridad.

—Y porque, sin las sombras —dijo—, los libros que tanto nos gustan no serían nada.

Esta última frase dio paso a un momento que tantos años después aún sigue grabado en mí, pues aquellas palabras engoladas, un tanto solemnes, imitaban sin querer el tonillo habitual, rayando en cursilerías o gratuidades, del ensayista Maurice Blanchot. Y eso provocó que se me escapara tímidamente la risa. Lo

más curioso de todo: a Altobelli le pasó lo mismo y acabamos riendo los dos en una estruendosa conjunción de carcajadas que corroboró la complicidad que podía haber entre los dos a la hora de reírnos de alguno de nuestros ídolos.

—¿Y por qué un Canon intempestivo?

Por un momento, tras la pregunta, estuve a punto de rehabilitar quizás demasiado rápido y en secreto a Blanchot, que una vez dijo algo tan afortunado como que la respuesta es muchas veces la desgracia de la pregunta. Pero no importaba, acabé pensando, que esa desgracia pudiera darse, y repetí la pregunta.

—¿Y por qué intempestivo?

—Porque es el adjetivo que gritaba Nietzsche antes de caer en aquella estrepitosa locura en Turín. Me gustan las locuras, qué quieres que te diga. Y si son de Nietzsche mucho más. Y porque un amigo acaba de decirme en una carta que para ser realmente contemporáneo hay que ser ligeramente inactual. Y créeme que me ha ayudado que me propusiera que, un día, cuando notara que había llegado el momento, me situara en esa posición desplazada que nos provee el lenguaje.

—¿Desplazada?

Hablaba, dijo, de esa posición desde la que se abría, a modo de paralaje, la distancia crítica que nos permite esbozar una discrepancia.

¿Paralaje? ¿Qué significaba aquella palabra? Son-

rió paternalmente. Era, dijo, como la variación aparente de la posición de un objeto, especialmente un astro, al cambiar de lugar quien lo mira.

Observé, divertido, que sin darse cuenta, él había vuelto a hablar de forma engolada, tipo Blanchot.

¿Y quién era el amigo que le había hablado de lo *intempestivo*? Se trataba de un narrador, Carlos Fonseca, un costarricense y también portorriqueño que escribía en Londres y era el mejor amigo del doctor portugués que a su vez era también el mejor amigo de Altobelli.

¿Y cómo se llamaba aquel portugués? Ya lo sabría con el tiempo, dijo. Y pasé a sentirme en cierta forma algo desplazado.

—Y perdona, vuelvo a preguntarte, ¿por qué un Canon?

—Porque puede que te ayude a tener un proyecto en la vida. Ya eres, de hecho, un desplazado. ¿Por qué no probar a desplazarte todavía más?

Me pareció que acababa de darme una sombría idea, pero en el fondo muy iluminada: el Canon desplazado.

—Ya entiendo —dije—. Puesto que voy a fracasar, como todo el mundo, que al menos sea divertido hacer el Canon torcido.

Se aguantó la risa y me corrigió:

—Desplazado.

Mientras Violet sigue examinándome muy de cerca y con excesivo interés —ya sólo falta que me pida que le enseñe la dentadura—, me pregunto qué hago aquí en esta fiesta, donde apenas conozco a nadie, casi todos son del gremio barcelonés del arte y a la gran mayoría ni los había visto en toda mi vida.

Pero de verdad, me digo, que no sé qué hago en esta fiesta. Está bien que me guste sentirme desplazado en todas partes, pero, si quiero ser más sincero conmigo mismo, haré bien en recordar que si estoy aquí es porque me ha invitado Chus Martínez, que es amiga de hace tiempo y llegó ayer de Basilea, donde trabaja en el IAGN (Institute Art Gender Nature), y ha organizado esta fiesta nocturna en el patio de este piso del Ensanche.

Fue divertido el otro día cuando, al llamarme para invitarme, Chus me preguntó casi a bocajarro «cómo llenaba mi vida». Es así Chus, a veces te dice lo que menos esperas. Fui lo más ágil que pude:

—La lleno construyendo un Canon.

En realidad, me habría ido mejor diciendo que llenaba mi vida con la construcción imaginaria de «una atmósfera de Canon». Pero entonces habría tenido que explicar por qué «imaginaria», y posible-

mente todo se me habría complicado más. De modo que —pensando que no me iría mal explicármelo también a mí, pues buena falta me hacía— vine a decirle más o menos que iba componiendo un Canon con unos cuantos libros que sintiera míos y a los que pudiera regresar una y otra vez sin agotar nunca su sentido.

¿Sigo?

—Sí.

Fue un «Sí» que encontré raro, porque respondió a una pregunta que me había hecho a mí mismo en una pausa de la conversación con Chus, pero que no había formulado en voz alta. Por eso lo vi raro. Decidí seguir como si nada. Pero quedé inquieto. Y caí en una especulación que me llevó a un lugar inesperado: a la sospecha de que aquel «Sí» lo había dado el Autor, esa figura que sobrevuela la vida de muchos narradores.

En cualquier caso, me dije, no tendría por qué entrometerse el Autor en esa conversación con Chus que hasta me servía para aclararme acerca de la clase de Canon que estaba construyendo. Es un Canon muy privado —seguí diciéndome— y no voy a imponérselo a nadie, aparte de que sería una locura intentarlo si lo que busco es una lista un tanto desplazada que no tiene por qué tener muchos feligreses.

—Me sirve el Canon —acabé siendo muy franco con Chus— para vivir mejor, tal vez para vivir con mayor pasión la lectura, metido a fondo en la construcción de algo.

Y sigo de acuerdo con esto. Lo importante es que lo esté construyendo. Si un día, por lo que fuere, algo o alguien demoliera mi Canon desplazado y arbitrario, no tendría por qué pasar nada, lo importante siempre habría sido haberlo llevado a cabo. ¿O acaso todo lo que se crea no puede ser demolido? Para mí lo que permanece es la sensación de que un día, en algún lugar, *se construyó algo*.

—¿Sigues ahí, Chus?

—Sí, casi oyendo lo que piensas.

6

Lo que más me choca de Violet es que se haya vuelto tan locuaz y también tan enérgica, mucho más sin duda que antes, cuando ejercía de discretísima novia obediente. Y también que ahora sea tan *moderna* cuando antes de moderna no tenía absolutamente nada. Han pasado los años, me digo, pero hay ahí en esa modernidad de Violet una voluntad evidente por «estar al día», como si eso, en los tiem-

pos que corren, siguiera siendo tan necesario como antes.

La miro directamente a los ojos, seguramente necesito confirmar que ha cambiado mucho con respecto a cuando era tan sumisa. Ella percibe que la observo, y reacciona con un desagrado que me parece fingido. Dice que, por estar mirándola así, acabo de ganarme a pulso que ahora retome el tema de los Denver.

—¿De los Denver-7? —pregunto.

—De los Denver, hijo. El 7 es sólo una categoría comercial.

¡Los Denver! ¡No, por favor! Le salgo al paso cuanto antes. Quizás crees, digo, que es un asunto de lo más moderno, de inteligencia artificial y todo eso que tanto se lleva ahora, pero en realidad tu tema es robótico y poco tiene de moderno, es más antiguo que la Biblia: la insurrección de la fuerza bruta contra la inteligencia.

Ella ríe, aunque contrariada. Por no hablar, digo, del Golem, o de aquella otra novela de Karel Čapek en la que el invento de un ingeniero trastornaba la conducta humana y social cuando, al desintegrar la materia para producir energía, liberaba también el místico Divino Absoluto.

¡Válgame Dios y el Divino Absoluto! ¡La que ha vuelto a montar Violet, sin que tampoco esta vez lo

hubiera previsto! Quizás me haya extendido demasiado hablando de Čapek... Da ella un salto algo extraño, como automático, hacia delante, furibunda, y derrama parte del cóctel. Y de inmediato, buscando ser oída en el bar instalado en el centro de la terraza, pide que le sirvan otro bullshot.

—¿Algún problema con Čapek? —bromeo.

—Pues sí. Con Čapek y los otros checos que voy a nombrarme. Tengo que decirte que últimamente lo conviertes todo en literatura y ves escritura donde los demás vemos la rutina de los días, no sé, pero se te ve muy esclavizado, muy poseído por los libros, se te ve todavía muy *mayordomizado*, qué quieres que te diga.

Me sorprende la confianza cada vez mayor con la que me habla, aunque ésta tenga su lógica, pues, a fin de cuentas, nos vimos casi cada día durante una época, ella como discreta novia obediente, y yo como secretario (no mayordomo) y colaborador de vez en cuando de la juerga constante que en sus ratos libres Altobelli tenía por costumbre desplegar. Pero eso no quita que lo de *mayordomizado*, aparte de ser cómico y de no haberlo oído nunca, suene pésimo.

—Tanta y tanta literatura —insiste Violet—, ya va siendo hora de que comiences a abrirte a la vida de la gente corriente, ¿no te parece?

Enseguida identifico la trampa, porque ella tie-

ne que haber visto que estoy *humanizadísimo*, incluso diría que mucho más de lo que me conviene. Y por tanto lo que va buscando Violet es que me indigne por la acusación y mi repentina ira revele lo que realmente soy: un Denver que no quiere humanizarse más de lo que ya lo está, porque podría acabar *abatido* en cualquier esquina.

Pausa.

(Como Violet me ha acusado de convertirlo todo en literatura, aplico ahora sin complejos, a modo de secreta venganza, el recurso de las *pausas* que Samuel Beckett insertaba en los manuscritos de sus obras, a la manera un poco de partituras, cuyo ritmo tenían que elegir los lectores.)

—Pero es que creo que se nota a la legua —le digo a Violet— que soy una persona corriente que habla con la gente corriente como tú.

Por toda respuesta, Violet me dice que hablo muy bien para venir de donde vengo.

7

En cualquier caso, me indigna lo que está detrás de sus palabras: la cínica acusación de vivir entre libros cuando llevo años comportándome con pragmatismo, realismo, con un sentido práctico absoluto,

como se ha podido ver en los últimos años con la compleja gestión, por ejemplo, de la herencia que, tras su desgraciada muerte, recibí de la añoradísima Aiko.

Pensar en mi mujer, en la excepcional Aiko, me lleva siempre a enfurecerme por el modo en que la perdí y por lo que, no voy a engañarme, podría haber hecho para evitarlo. Ese viejo malestar, incrustado en mí para siempre, lo vierto ahora contra Violet, por el injusto reproche que ha utilizado sólo para tenderme una burda trampa. El deseo de venganza me lleva a preguntarle si no será que ella es una Denver en rebelión. Y añadido con un odio que no disimulo:

—Concretamente, una Denver alcoholizada, desbocada.

No me oye, por fortuna. Y es que, justo cuando le digo esto, irrumpe un potente equipo de música, instalado en este patio interior de este piso del Ensanche. La primera pieza musical que suena me atrae tanto que utilizo una aplicación del móvil y averiguo título y músicos: *Love Concert*, de Cocktail Naïf.

Nunca había oído canción instrumental tan obsesiva. Si tuviera letra, *Love Concert* repetiría con insistencia que la noche, como mi Canon *in progress*, es un viaje rectilíneo, abierto y sin retorno, como lo es todo trayecto a Parte Ninguna, topónimo, quién lo diría, de una ciudad que existe de verdad y que, uniendo las

dos palabras y utilizando dos mayúsculas en su nombre, es llamada así, ParteNinguna, lugar que pienso visitar algún día, aunque sólo sea para comprobar que de verdad existe.

En el fascinante Kubrick de *Eyes Wide Shut* encontré la mejor secuencia que he visto sobre ese tipo de viaje por una noche lineal y sin retorno. Un Tom Cruise vagabundeando por las calles de Nueva York después de que su esposa le haya contado una fantasía sexual, un breve encuentro en Cape Cod con un oficial de marina a quien nunca llegó a conocer, pero del que se enamoró para siempre...

¿No recuerda esa escena de *Eyes Wide Shut* a la que cierra el cuento «Los muertos», de Joyce, cuya perfecta frase final llevo años sabiéndome de memoria: «Su alma caía lenta en la duermevela al oír caer la nieve leve sobre el universo, como el descenso de su último ocaso, sobre todos los vivos y sobre los muertos»?

Y, por otra parte, si me sentí raptado con esa secuencia de Kubrick, creo que fue porque me comunicó con unas líneas de Paul Auster aplicables a cualquiera de sus libros: «Descubrió que sus pasos, al no llevarlo a ninguna parte, lo conducían hacia el interior de sí mismo. Esta idea se convirtió en fuente de felicidad. Y entonces se dijo a sí mismo, con un tono casi triunfante: Estoy perdido».

Perderse en ParteNinguna, pienso. Y me río. Y me pierdo.

—«Me hallé perdido en una selva oscura» —dice, citando a Dante, una voz aguafiestas, quizás con ánimo paródico y que no creo que pueda ser otra que la del Autor.

8

Todo recuerda a todo, sentenció un diseccionador de series televisivas que, al ver *Ozark*, observó que ésta le recordaba a *Breaking Bad* sin caer en la cuenta de que ésta recordaba en realidad a muchas otras series, y éstas a su vez al mundo de los relatos renacentistas que, a su vez, recuerdan al de los clásicos latinos, y éstos a su vez al de los clásicos griegos, y así, yendo atrás —«botes que reman contracorriente», que decía Scott Fitzgerald—, seguimos golpeándonos, devueltos sin cesar al pasado, sin saber dónde empezara todo y ni siquiera por qué empezó...

Casi estoy oyendo estas palabras en boca de Altopbelli en su última conferencia, aquella en la que hablaba de la tragedia de ser discípulos de otros, y para quien la literatura era un gran palimpsesto, un mosaico de citas en el que los autores y las obras se han

ido construyendo a partir de los autores y las obras precedentes.

En pleno *Love Concert* subo la voz para decirle a Violet que es la primera vez que salgo de noche en los últimos años, muy posiblemente los siete u ocho años que hemos estado los dos sin vernos.

Veo que, como era previsible, no me ha oído. Y puedo aceptarlo. Pero me molesta que no pregunte siquiera qué acabo de decirle, y aún más que busque imitarme en lo de acercarme tanto a ella. Y es que ahora está observándome tan exageradamente de cerca, con tal minuciosidad, que hasta parece que repase, uno a uno, los botones de mi camisa.

Aparta tus ojos robóticos de ahí, querría decirle. Pero, como si hubiese una conexión subterránea entre los dos, aparta sus ojos de mí sin necesidad alguna de que yo se lo pida. Decido que, aun sabiendo que va a resultarle indiferente, debo describirle una inquietud personal, íntima. Y le digo que, al dirigirme hoy hacia esta fiesta de nuestra común amiga Chus Martínez, he notado la inseguridad del suelo, como si, en las horas de oscuridad, el adoquinado de Barcelona no me sostuviera.

Indiferencia total, en efecto. Pero ninguna para su bullshot, porque acaba de pedir otro sin haber terminado el que bebe. Me imagino privándola del cóctel,

enviándoselo de un manotazo al suelo del patio. Violet, como si hubiera captado rastros de violencia en mi rictus, ensaya una cierta agresividad también en su expresión y dice, muy lentamente, deletreando la frase:

—Todavía juegan los perros de caza.

—¿De qué caza?

—La del patio. Y te aviso, la presa no se les escapará.

No tengo por qué entender de qué me habla, pero también podría ser que lo entendiera perfectamente y, en ese caso, debería ya ponerme en guardia y hasta plantearme salir corriendo de la fiesta, previo manotazo al cóctel y a ese exasperante gorro de piloto ruso que lleva y que tanto me recuerda al que lleva Frances McDormand, la policía de *Fargo*, de los hermanos Coen.

9

Se eleva innecesariamente la tensión cuando Violet me pregunta qué ha sido de mi hija Ryo.

—Y dime, ¿sigue Ryo con aquella marcha?

—Con mucha menos —respondo—, pero es más feliz que antes, desde que hace tres años se casó con un señor de Berna.